

## Educar para la libertad

Dr. Guillermo Fariñas Contreras  
Rector de la Universidad Monteávila

Hoy vengo a contarles una historia...Que tiene un cordial antecedente: Tuve el gusto de recibir a don Carlos Henrique Blohm y a Rocío Guijarro la semana pasada en la Universidad Monteávila: fue una visita muy grata. Quise compartir con ellos cuál iba a ser mi enfoque de estas palabras. Y les dije que era una historia con una protagonista llamada Amanda. Carlos me miró sorprendido y me dijo que su hija se llamaba así. Le dije que al final de la historia les confiaría el porqué de esa simpática coincidencia.

Dr. Carlos Henrique Blohm, Presidente de la Junta Directiva de CEDICE, demás directivos de esta institución, entre los que destaco a mi amigo Gastón Sardi; Sra. Rocío Guijarro, Gerente General; miembros de la Asamblea y demás autoridades, invitados especiales, señoras y señores.

Agradezco al Dr. Blohm la invitación a dirigirme a esta ilustre asamblea. También a Rocío, una de las primeras amigas de la Universidad Monteávila, quien seguramente tuvo que ver con esta invitación.

Como les dije al comienzo, quisiera contarles la historia de una alumna de la universidad para tratar de ilustrar qué entendemos en la Monteávila sobre educar para la libertad. Ella se llama Amanda y la narración tiene su prehistoria.

Siendo una niña, Amanda fue un día a un circo con sus padres. Quedó impresionada por el elefante. Le fascinaban sus enormes dimensiones y su fuerza descomunal.

Sin embargo, después de la actuación y hasta poco antes de volver al escenario, vio que el elefante permanecía atado a una pequeña estaca clavada en el suelo con una cadena, que le aprisionaba una de las patas. La cadena era gruesa y la estaca era un minúsculo trozo de madera clavado a pocos centímetros de profundidad. Le parecía obvio que un animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su fuerza, también podía tirar de aquel minúsculo tronco y liberarse. Aquel misterio sigue pareciéndole evidente.

—¿Qué lo sujeta?, ¿por qué no huye?





Tras preguntarle a sus padres y parientes, la respuesta que le dieron fue la siguiente: «El elefante no se escapa porque está amaestrado». Hizo entonces la pregunta obvia: «Si está amaestrado, ¿por qué lo encadenan?». Recuerda haber recibido solo una respuesta convincente, de alguien que resultó ser lo suficientemente sabio: «El elefante del circo no se escapa porque estuvo atado a una estaca parecida desde que era muy pequeño».

Ella cerró los ojos e imaginó al indefenso elefante recién nacido sujeto a la estaca. Seguro que en aquel momento el animalito tiró y tiró tratando de liberarse. Debía terminar el día agotado porque aquella estaca era más fuerte que él. Día tras día debía volver a intentarlo con el mismo resultado. Y así hasta que un día terrible para el resto de su vida, el elefante aceptó su impotencia y se resignó a su destino.

Ese poderoso elefante no escapa porque cree que no puede. Tiene grabado el recuerdo de la impotencia que sintió de pequeño y, lo peor, es que jamás volvió a poner a prueba su fuerza.

Pasados los años, Amanda entendió que a las personas les pasa lo mismo que al elefante del circo: vivimos encadenados a cientos de estacas que nos quitan libertad. Pensamos que «no podemos» hacer una serie de cosas sencillamente porque un día, hace mucho tiempo, lo intentamos y no lo conseguimos, y/o porque alguien nos dijo que no seríamos capaces de lograrlo. Entonces nos grabamos en la memoria este mensaje: «No puedo y no podré nunca». Más tarde, en la Monteávila aprendió el nombre que los psicólogos dan a ese fenómeno: desesperanza aprendida. Esta desesperanza puede ser causada por el entorno, pero la más importante surge al pensar que te faltan condiciones para avanzar.

Amanda entró en la tremenda edad de la adolescencia. Como suele ser el caso, la mayoría de los conflictos eran con su mamá y demás hermanos, todos menores a ella. Ella empezó a necesitar intimidad y a querer habitar en ella misma en absoluta soledad. O con las compañías elegidas que solían ser sus pares.

El día en que su mamá descubrió que Amanda tenía espacios y conversaciones desconocidas por ella, se aterró. Pensó que se había convertido en alguien que ella no conocía, distinta a la niña que había visto crecer. Como es lógico, la joven reclamaba más espacio para su vida y mayor autodeterminación.

Su madre, después de pasar el duelo, de sentir que la había descuidado y de pensar en miles de soluciones que pasaban por prohibiciones y encierros de todo tipo... se dio cuenta de que había llegado la hora de la libertad responsable.





Su mamá le habló sobre temas, le preguntó cosas; y Amanda le contó, con vergüenza, con risa, con sorpresa... Y ella no le reclamó, no la inculpó, ni la señaló. Ese día su mamá descubrió que su estrategia sería otra para cumplir con la meta: educación para la libertad. Le comenzó a plantear lo que pensaba y lo que veía en cada caso, y los argumentos de lo que “yo haría si fuera ella”. Y le abrió la puerta para que ella decidiera qué hacer.

Su prioridad: mantener abiertos los canales de comunicación, para siempre poder “opinar” y dejarle caer argumentos y razones. Y participar estratégicamente de su vida, confiando en que pudiera ir haciendo lo que debía y asumiendo también la consecuencia de sus errores. ¡Con miedo! Pero ella creyó que era lo que tocaba hacer. La decisión de su mamá fue acertada. Amanda agradeció la confianza, y comenzó a tomar decisiones, previo a las cuales le preguntaba a su mamá o papá qué opinaban.

Cuando Amanda se equivocaba, su papá tenía formas de hacérselo ver con pocas palabras, pero con maneras de actuar elocuentes. Ella recuerda:

“Yo tenía 17 años y recién había conseguido mi licencia de conducir con autorización de papá. Quería que me prestaran el carro y por eso me ofrecía a manejar en cualquier oportunidad.

Un día mi papá me pidió que lo llevara a una conferencia que duraba el día entero y yo, por supuesto, dije: ¡sí! Él quería que llevara el carro al taller luego de dejarlo, y que lo buscara a las 5 antes de recogerlo a él. Me animó a pasar el día con amigas en un centro comercial cercano al taller.

La pasé muy chévere con mis amigas, y me olvidé del reloj. Eran las 5:30 cuando me acordé. Corrí al taller, saqué el carro y fui hasta donde mi papá me estaba esperando. Eran pasadas las 6. Él me preguntó con ansiedad: “¿Por qué llegas tarde?”. Me sentía mal por eso y no le dije la verdad. Entonces inventé que el carro no estaba listo y tuve que esperarlo, sin saber que papá ya había llamado al taller.

Cuando se dio cuenta de que había mentido, me dijo: “Algo no anda bien en la manera como te he criado, que no te ha dado la confianza de decirme la verdad cuando no cumples con lo acordado. Voy a reflexionar sobre lo que hice mal contigo. Caminaré hasta la casa y pensaré sobre esto”.

Vestido con su traje y sus zapatos elegantes, empezó a caminar 12 kilómetros hasta la casa por calles oscuras. No lo podía dejar solo, así que manejé 3 horas y media detrás de él. Mientras, pensaba “debí haberle dicho la verdad”.





Decidí que nunca más iba a mentir para ocultar mi falta de responsabilidad. Mi papá me había dado total libertad ese día, y yo había aceptado sus condiciones. Y le había fallado. Muchas veces me acuerdo de este episodio y digo: "Si me hubiese castigado de la manera en que otros castigan a sus hijos, ¿hubiese aprendido la lección?... No lo creo. Hubiese sufrido el castigo y habría seguido haciendo lo mismo. Pero esta acción me marcó tanto que la tengo impresa en la memoria, como si fuera ayer".

Cuando Amanda se aproximaba a escoger carrera y universidad, su papá comenzó a invitar amigos de diferentes profesiones a la casa, y así le explicaban a ella en qué consistía su trabajo. Él quería que ella tomase por su propia cuenta esta primera gran decisión: qué carrera estudiar. Igualmente la animó a visitar con su colegio las distintas universidades que ofrecían las potenciales carreras que ella quería estudiar. Para ambas cosas su papá le decía: como bien sabes, eres libre en esto, pero quiero que estés bien informada para que tu decisión sea la mejor. Una vez tomes esa decisión, tendrás que ser responsable con sus consecuencias.

Amanda decidió estudiar Administración en la Monteávila. Ahí oyó hablar mucho de libertad. Por ejemplo, en Antropología Filosófica le dijeron que la libertad era un constituyente esencial del ser humano. Que, de hecho, era lo más íntimo de la persona. Una de las frases que más le gustaban era la de Victor Frankl: "Al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: la última de las libertades humanas, la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias, para decidir su propio camino". Y lo había escrito quien había padecido la peor de las prisiones: un campo de exterminio nazi, donde no podía escoger qué hacer.

Ella, como muchos de sus compañeros, tenía una idea equivocada de la libertad. Aprendió que es más importante la "libertad para" que la "libertad de"; que sin una clara jerarquía de bienes y fines, esta facultad poco ayuda; y que la libre decisión por unos bienes conlleva a ser responsable.

Otra idea que le gustó era la diferencia entre elección y decisión. Esta última palabra tenía un modo reflexivo muy sugerente: me decido, lo cual conlleva no solo elección sino determinación voluntaria para hacer lo necesario para alcanzar aquél bien.

El tema de la libertad estaba presente en materias propias de su carrera, por supuesto las Economías, lo que le ayudaba a iluminar este difícil concepto. Por ejemplo, en Formación Gerencial II, cuando le explicaron en un sencillo esquema cómo las personas decidíamos. Aprendió que hay dos vías para la elección. Una es la afectiva o espontánea, donde la razón poco o nada interviene. Los que venden chucherías lo saben y ponen esos productos en los automercados junto donde se hace cola para pagar. Mucha gente los compra por impulso espontáneo y poca reflexión.



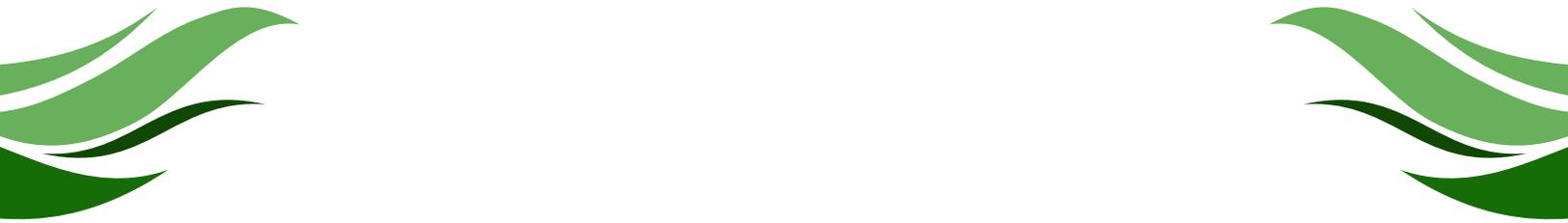


La otra vía es la de moverse racionalmente por motivos. Son 3 los tipos de motivos que nos podían mover a decidir y actuar. Los primeros son extrínsecos: me mueve hacer algo para conseguir algo externo. Los segundos eran los intrínsecos: me motiva hacer algo porque aprendo o la paso bien. Había un tercer tipo, no siempre señalado en la literatura de la motivación: los trascendentes o colaborativos. Me mueve hacer esto por el bien que trae al otro.

Hay millares de ejemplos de la vida real donde se encuentra este último tipo de motivo, el cual genera una motivación, una fuerza para la actuación, tan o más grande que los otros. La madre desvelada por la salud de su hijo enfermo, a costa de su propia comodidad o salud. Amanda preguntó si eso no era otro modo de hablar del amor. Al profesor se le iluminaron los ojos. “Has dado en el clavo”. Y un compañero ripostó: pero eso puede ser por el deber materno, que la obliga a hacer eso, aunque no le guste. Es una cierta coacción contra su libertad. El profesor explicó: “En realidad, la actuación libre de todas las personas humanas está materialmente limitada por deberes naturales y compromisos adquiridos: familiares, profesionales, cívicos, entre otros”. Y añadió lo que a Amanda le pareció clave: “No obstante, en todo podemos actuar con libertad, si lo hacemos por amor”. Y les recordó la famosa frase de San Agustín: “Ama y haz lo que quieras”. Y concluyó: “La verdadera libertad interior es esta capacidad y actitud habitual de actuar por amor, especialmente en el esfuerzo de seguir lo que, en cada circunstancia, Dios -para los creyentes- o la propia conciencia, le pide a cada uno”.

El profesor quiso aprovechar esta aparente digresión para volver al tema de la clase, y les dijo: “Vamos a usar este ejemplo para entender mejor los motivos. Cumplir el deber por temor al castigo o buscando recompensa es un motivo extrínseco. Si es para tranquilizarme o sentir la satisfacción del deber cumplido es un motivo intrínseco. Y si ese deber es asumido por amor entonces es un motivo trascendente. ¿Cuál piensan es el motivo más fuerte?”. Luego de una divertida discusión, se llegó a la famosa palabra-conclusión de muchos temas: depende. El profesor hizo la consabida siguiente pregunta: bien, ¿de qué depende? El más ocurrente del curso dijo: “de cuan rata o de cuan pana se es”. “Ajá”, afirmó el profesor, añadiendo un nuevo concepto: la calidad motivacional. “Mientras más peso tengan los motivos trascendentes, más calidad hay”, les explicó. Y uno preguntó: ¿Cómo hacer que otros crezcan en calidad motivacional? El profesor razonó que siendo libres las personas y tan nobles los motivos trascendentes, no se podían ofrecer motivos extrínsecos para forzar a moverse por ellos. “Es como obligar a alguien a hacer poemas de amor. No funciona. Pero algo se puede hacer. Son tres cosas. Primero, no ser un obstáculo para que se actúe por motivos trascendentes. Reconocer que a la gente le pueden mover motivos de colaboración desinteresada, y apoyarlos. Segundo, enseñar a valorar las consecuencias de sus acciones para los demás. A veces pisamos callos y no nos damos cuenta. Por último, pero no el menos importante, con el ejemplo. Si te ven a ti moverte por este tipo de motivos, es más fácil que te emulen”.





Amanda siguió pensando por su cuenta en la relación entre amor y libertad. Por un lado, reconocía que el que ama a alguien y es correspondido, en cierta manera se ata a ese compromiso. En la siguiente clase preguntó al profesor por esa contradicción, a lo que este le contestó: “Cuanto más libres somos, más podemos amar. Y el amor es exigente”.

Amanda aprendió también acerca la relación entre trabajo, creatividad y libertad. Los seres humanos adaptan el entorno para sobrevivir y prosperar. Esta es la esencia del trabajo. Esta adaptación no viene dada. Idear cómo ha de ser es fruto del ingenio y de la libertad humana. Esta adaptación difícilmente puede lograrse de forma individual. De aquí surge el esfuerzo cooperativo, que Chester Barnard identificó como la esencia de la empresa. Esta institución está compuesta por seres libres, los cuales se coordinan a través del lenguaje. Una comunicación que va más allá de las necesarias instrucciones y ordenes que realizan el esfuerzo mancomunado. A Amanda se le quedó grabada la imagen bíblica de la torre de Babel. Al dejar los constructores de entenderse entre sí, el trabajo cesó. No fue solo por la falta de transmisión de indicaciones de cómo proceder, sino la incapacidad de poder animarse mutuamente, y de comunicarse con sentido el proyecto compartido.

A Amanda le llamó la atención que el programa de la carrera incluyera materias que no parecían tener relación con la administración de empresas: Realidad y conocimiento, antropología filosófica, historias, el hombre y su mundo, entre otras. Le dijeron que eran necesarias para ser un buen profesional. Había que procurar evitar que los egresados de la Monteávila supieran mucho de una cosa -la administración- e ignoraran de raíz todas las demás. Ciertamente la especialización era necesaria, pero el situar su profesión en el contexto de las ideas, su tiempo y su mundo era esencial. Le oyó al director de la escuela ilustrar este fin con la imagen de la T. La vertical eran los conocimientos de su carrera, en los que había que profundizar en la excelencia. La horizontal le permitía el diálogo con las demás disciplinas, mientras más amplia mejor. Le hizo ver que la vertical incluía también los presupuestos conceptuales de la propia disciplina. Por ejemplo, la ética profesional que se dictaba en cada carrera, y algunas materias específicas como era la historia del Derecho para los abogados.

Amanda se afaná con esas asignaturas con el mismo empeño que las demás. En ellas aprendió lo que grandes mentes pensaron sobre temas esenciales. De ese modo, Amanda comprobó lo que le dijeron sobre las mismas, pero sacó sus propias conclusiones. Pensaba que ese bagaje intelectual le permitía también ser mejor persona y mejor ciudadana. Lamentaba cómo la falta de formación de tantos en su país había puesto en entredicho la democracia y la libertad. Comprendió que estas instituciones disfrutaban de unos valores que no necesariamente eran capaces de generar. Concluyó que sin el ejercicio de virtudes cívicas, las instituciones libres y la libertad personal están inevitablemente en peligro.





Cuando comenté estas ideas con la profesora de Ética general, se inició una sabrosa conversación sobre la importancia de estas materias para la vida personal y profesional, y su relación con los fines de la universidad. Para ilustrar esto, la profesora le leyó un texto del ideario de la Monteávila. “La universidad promueve el desarrollo de la personalidad de sus alumnos en todas las dimensiones; pretende contribuir a su formación científica, humanística y cristiana; promueve en los estudiantes el sentido de solidaridad y fraternidad que se plasma en obras de servicio a la sociedad, primordialmente a través del ejercicio de la propia profesión; educa en capacidad crítica y en un conocimiento de los problemas que permitan a cada uno formar con libertad sus propias convicciones en un legítimo pluralismo; pretende ser un lugar de convivencia, de estudio y de amistad para personas de diversas tendencias políticas e ideológicas”.

Amanda culminó sus estudios. Le conferiría el título un nuevo rector. Lo había conocido en una clase que les dio a todos los graduandos sobre los retos y dilemas del quinto año de la carrera, refiriéndose así al primer año de ejercicio profesional. En el acto de graduación el rector dio unas pinceladas de lo que sería la gestión del nuevo equipo directivo de la Monteávila. Entre varias cosas afirmó: La Monteávila, igual que hace más de veinte años, sigue comprometida con la formación de las personas, no solo de los estudiantes de pre y postgrado, sino con la de todos los que participamos en esta aventura. Sabemos que esa misión de formación se extiende a toda la sociedad, y por eso impulsamos cada vez más el desarrollo profesional, para de ese modo apoyar al sector empresarial.

Soñamos con el futuro de una universidad con una mayor oferta académica, internacionalizada, con un campus amplio y bien dotado, con aliados nacionales y extranjeros que nos ayuden a impulsar nuevos planes y llegar a más sectores sociales... y estamos convencidos de que, con esos sueños nos quedamos cortos. Nuestros logros de estos casi veinte y tres años nos han demostrado que el futuro depende de cada uno de nosotros.

He de admitir que he atribuido a Amanda algunas inquietudes que no son las comunes en gente de su edad. Es una licencia literaria. Con esta historia de Amanda, he querido mostrar algunos rasgos de lo que pienso significa educar para la libertad, en la familia y en la universidad. Amanda significa la que ama. Pienso que ha quedado claro que libertad y amor se reclaman mutuamente. Así, educar para el amor es equivalente a educar para la libertad y viceversa.

Mis ideas sobre la libertad son causahabientes de lo que San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, escribió y predicó con su ejemplo. Su amor a la libertad era integral: la amaba para sí y para los demás. En uno de sus escritos leemos: “El respeto a la libertad de los demás no es nunca indiferencia, sino consecuencia del amor, de la caridad, que sabe valorar a cada hombre en su concreta realidad”.





Quiero casi terminar, con una cita de Monseñor Fernando Ocariz, prelado del Opus Dei. De sus enseñanzas sobre la libertad también me he ayudado para escribir esta ficción. En una carta sobre este tema dice: “La pasión por la libertad, su exigencia por parte de personas y pueblos, es un signo positivo de nuestro tiempo. Reconocer la libertad de cada mujer y de cada hombre significa reconocer que son personas: dueños y responsables de sus propios actos, con la posibilidad de orientar su propia existencia. Aunque la libertad no siempre lleva a desplegar lo mejor de cada uno, nunca podremos exagerar su importancia, porque si no fuéramos libres no podríamos amar.

Pero es una pena que, en muchos ambientes, exista un gran desconocimiento de lo que es realmente la libertad. Con frecuencia se pretende una ilusoria libertad sin límites, como meta última del progreso, mientras no pocas veces hay que lamentar también muchas formas de opresión y de aparentes libertades, que en realidad son cadenas que esclavizan. Una libertad que, antes o después, se revela vacía”.

Termino con la última pregunta de Amanda en la Monteávila sobre la libertad: La materia humanística del último semestre se llamaba Temporalidad y trascendencia. Allí se desarrollaban algunos temas como el diálogo entre ciencia y religión; libros sagrados; cristianismo, sociedad y economía o leyendas negras de la iglesia. Al oír hablar de la trascendencia se le ocurrió preguntarle al profesor si en el cielo hay libertad. El profesor le contestó: “Dios nos ha dado la libertad para siempre: este don no es algo transitorio, para ser ejercitado solamente durante nuestra vida en la tierra. La libertad, como el amor, «nunca acaba»”.

¡Muchas gracias por su atención!

